

Vivencias de Luis V. Seghezzi a bordo del Submarino A.R.A. “San Luis” en Malvinas.



Antes de desgranar mis recuerdos sobre aquellos días a bordo del submarino San Luis, quisiera aclarar que este relato corresponde a una persona que abandono la Armada Argentina hace más de treinta años. Creo que es válido mencionarlo, porque quizás los matices del relato no suenen en la misma sintonía con otros camaradas que han continuado sus carreras navales, en continuo contacto con el medio, viviendo en lo cotidiano, los vaivenes que

el devenir de nuestra sociedad le deparo y le depara a una pertenencia tan particular como lo es el mundo militar. Fui militar por error y, además, submarinista por azar. Por alguna razón el destino me puso en la circunstancia de tripular el submarino San Luis en ese año tan particular. Muchas veces me he preguntado si esa circunstancia no hubiera sido mejor aprovechada por algún otro camarada que realmente sentía verdadera vocación por el arma. Por eso, pido las disculpas del caso. Creo que, si cometí errores en ese sentido, con mi salida de la Armada intenté enmendarlos. Malvinas y el San Luis fueron una enseñanza fundacional que giro mi vida y la de mi insipiente familia. Por esa razón, sepan los lectores disculpar los relatos de este civil, desde las entrañas lejanas de una vivencia de guerra.

En el año 1982 me encuentro destinado al submarino San Luis, mi primer destino en la fuerza, luego de haber egresado de la Escuela de Submarinos un año atrás. Había tenido un paréntesis de un año para cursar la Escuela de Oficiales. O sea que a diferencia de lo que ocurría generalmente con los flamantes egresados submarinistas, volvía al submarino que tan bien habíamos estudiado, un año más tarde.

Recuerdo la ansiedad que me había provocado conocer el listado de pases para ese futuro año. Cuáles eran los nombres del resto de la oficialidad con quienes compartiría el destino, las siglas comunes que nos identificaban como tripulantes: SUSL. Solía suceder que muchos camaradas, ya tenían alguna referencia sobre tal o cual apellido y podían darnos alguna pauta de cómo sería, en términos generales, el año de servicio a transitar, en especial teniendo en cuenta los dos cargos superiores de las unidades. Debo confesar que mi pronóstico no fue para nada alentador. Lejos estábamos de saber que esta práctica, repetida rutinariamente año tras año, sería una anécdota en comparación a lo que realmente se me reservaba para ese 1982.

Los relevos en la tripulación del San Luis habían sido importantes en todos los departamentos siendo pocos los tripulantes que repetían su estadía. El flamante jefe de comunicaciones era uno de esos pocos. Alejandro Maegli, de él hablo, dejaba el cargo de navegación y servicios

en mis manos y me alertaba sobre la necesidad de ser muy creativo con el menú de a bordo cuando el barco cumpliera con los periodos de navegación.

Así fue como en el mes de abril me encontraba aprendiendo algunos detalles que no fueron del todo satisfactorios para el segundo comandante. En particular en lo referente al postre que había podido prever durante la única navegación que tuvimos previa a la patrulla de guerra que ya estaba gestándose sin que tuviéramos la más mínima idea.

Tanto fue así, que el día dos de ese mes nos despertamos en casa, sabiendo una sola cosa; que el despertador había fallado, y que estaba llegando tarde a la base. Probablemente nos traicionó el hecho de que era viernes, que el fin de semana estaba próximo y que podíamos dormir un poco más. Camino a la base, ya preocupado por la tardanza, recorriendo la avenida costanera de la ciudad de Mar del Plata, me llamó la atención escuchar en la radio de nuestro Citroën Ami8, una especie de marcha militar. No era habitual escuchar algo así a esa hora, aunque no era un detalle menor. Lo extraño era la marcha en sí, que me resultaba totalmente novedosa, por lo menos a mí, que no podía identificarla con ninguna de las que históricamente habían acompañado mis años de institutos y desfiles varios. ¡Y eran unos cuantos sumando el Liceo y la Escuela Naval! ¿Que estaba sucediendo?

La incógnita me duró hasta que pude llegar a la oficina que ocupábamos en dependencias del Taller Integrado de Submarinos. Dada la hora, no había encontrado a nadie en el edificio de oficiales. Me cambie rápidamente, casi olvidando el detalle de la extraña marcha y pensando más bien en las excusas que podrían mitigar el desliz de esa mañana. Con el primero que me cruce fue el Tte. Maegli que no me dio ni tiempo para comenzar mi descargo. Me miró y me dijo: “Tomamos las Malvinas!”. Yo, que todavía estaba armando mis pensamientos, me quedé tildado. Él, seguramente viendo mi cara de asombro, me repitió enfáticamente “Luis, tomamos las Malvinas, tomamos las islas Malvinas”.

A mí me demandó un momento comprender sus palabras. ¿Como que tomamos las Malvinas? ¿Usted se refiere a las Islas Malvinas, esas de allá abajo? ¿Pero, cuando pasó eso? Maegli comenzó a ponerme en situación de lo que había sucedido esa madrugada, y que a esa hora de la mañana ya era una noticia que manejaba todo el país, menos yo y algunos otros que estuvieran aun durmiendo. Comencé a observar a mí alrededor, por primera vez, y me di cuenta de que todo el mundo estaba en un evidente estado de exaltación. Todos opinaban, todos aportaban datos, algunos ya lo sabían anticipadamente pero no habían podido compartirlo, porque obviamente, se había manejado en el máximo de los secretos. La fuente habían sido algunos colegas del submarino Santa Fe, que formaba parte de la fuerza de invasión que se utilizó para concretar la operación.

¿Y ahora qué? Esa fue la pregunta que me surgió en ese momento. Algo me decía que toda esa efervescencia y excitación, nos iba a tener, de un modo u otro, en la primera línea de aquellos que serían protagonistas. No creo que hubiera sido el único en pensarlo, ya que todos los que tripulaban o integraban unidades de combate, habrán imaginado inmediatamente que era potencialmente probable que se llegara a un enfrentamiento, aunque en ese momento pareciera algo muy lejano. Por lo pronto, noté que algún jefe de cargo más que otro, intuía que los trabajos que tenía entre manos, en lo referente al estado del material de su responsabilidad, sin dudas pasaría a estar al tope de las prioridades. Era una especie de noticia extraordinaria, pero

con algunas reservas en cuanto al efecto concreto de su impacto, en particular en nuestro pequeño mundo sumergible.

A medida que fue transcurriendo la mañana queda claro que efectivamente la situación había cambiado radicalmente para nosotros, como para muchos otros supongo. Las rutinas diarias que empujábamos en cada sector quedaron como alteradas, en principio por el carácter excepcional de la noticia, e inmediatamente después porque el señor Segundo convocó a una reunión de todos los oficiales con el señor Comandante, quien a su vez ya había tenido la suya con el Comandante de la Fuerza.

En esa reunión, el Comandante nos informó de la situación, con algún detalle sobre lo hecho hasta ese momento por las Fuerza Armadas, en particular en lo referente a la actuación del submarino Santa Fe en la operación de desembarco en las islas, y nos comunicó que la Fuerza pretendía disponer lo antes posible de la capacidad ofensiva de sus dos submarinos más modernos, el Salta, y nuestro San Luis. Para ello, todo lo que tuviéramos entre manos y que tuviera que ver con la operación de los sistemas debía ser concluido lo antes posible, y lo que no, debía ser pospuesto por el momento y hasta nuevo aviso. En forma paralela, todos los jefes de departamento tomarían del manual de alistamiento para patrulla prolongada el capítulo que les correspondía y se abocarían inmediatamente a cumplir todos los requerimientos que ahí se consignaban. Como todos nos miramos unos a otros, el Comandante se adelantó a aclarar que el alistamiento era una forma de anticiparse a lo que pudiera suceder, solo una prevención que nos dejara listos a navegar con nuestro máximo potencial, en el menor tiempo posible. “Señores, la orden comienza a cumplirse en este preciso momento”.

Recordemos que el preciso momento al que se refería el Comandante era un viernes, lo cual dejaba bien claro que el fin de semana ya no sería un fin de semana, sino más bien una continuidad de la semana. Pero antes de referirme a lo que sucedió de ahí en más con nuestra rutina, voy a aclarar que significó para el San Luis la orden que se recibió de la Fuerza de Submarinos. La realidad nos mostraba que una cosa era lo que se pretendía que fuera, y otra muy distinta lo que realmente se podía esperar que resultara. Los submarinos de la clase 209, como el nuestro y su gemelo, el Salta, a pesar de tener menos de diez años de servicio, sumaban una larga lista de dificultades y falencias en varios de sus sistemas operativos, los cuales, si bien no impedían la navegación, si dejaban dudas sobre los resultados en el caso de estar empeñado en reales tareas operativas, que por otro lado nunca se habían vivido. Desde incrustaciones de bivalvos en el casco y los sistemas de refrigeración, hasta la pérdida de un motor diesel completo, más otro limitado en su potencia, pasando por la infinidad de circuitos y equipos que de una u otra manera fallaban en su operación “normal”, y requerían constante atención, en especial del Taller Integrado que operaba en la base naval. Supongo que eso debe haber pesado en el ánimo de aquellos que tenían que luchar constantemente con esas dificultades, más aún si en su intimidad se proyectaban hacia un hipotético escenario de conflicto real, que, aunque en ese momento era muy hipotético, no podía dejar de tenerse en cuenta.

En mi caso, lejos estaba yo de preocuparme por el futuro, cuando mi problema concreto era el presente y todo lo que me trajo aparejado el mencionado manual de alistamiento. En mi cargo no había muchos mecanismos que vigilar más allá de los instrumentos de navegación, la dotación de cartas y publicaciones, cronómetros y demás. El grueso de mi tarea se iba a centrar

en satisfacer todos los requerimientos que el manual había recogido como “necesarios” en el rubro culinario, para esos cincuenta días de navegación que las unidades habían ejecutado años atrás. La lista de víveres era a todas luces notable. De una elaboración tal, que por un lado me produjo una íntima felicidad dado que liberó completamente mi lucha con el presupuesto y mis pobres resultados en la milagrosa multiplicación de los panes, pero por otro me enfrentó a perseguir y encontrar todos y cada uno de los ingredientes que el variado menú preveía. Recuerdo el caso de las alcaparras, que en esa época ni sabía que eran un ingrediente del vital toné, pero que fue necesario comprar en algún comercio, ya que en almacenes no se disponía de ellas. Otro interesante problema se me presentó con los pollos congelados. Ahí el Segundo Comandante me dio una lección que siempre recordaré. Al tratarse de víveres frescos, habían quedado para el final del embarque junto con algunos otros, como la carne y las verduras. La Intendencia de la base había previsto la maniobra para uno de los últimos días de permanencia previo a la zarpada. Ya estaba oscuro cuando el camión que se presentó comenzó a desparramar los pollos congelados directamente en el muelle, al pie del submarino. Yo mismo, con todo el personal a mi cargo, más la guardia de ese día, comenzamos a embarcarlos directamente a la cámara frigorífica. ¡¡Era una pila enorme!! Lo mismo estaba haciendo Eduardo Archero unos metros más allá, en el Salta. En un momento aparece el Segundo Comandante y me pregunta si había verificado con corrección que esos pollos realmente estuvieran congelados. Mi primera impresión fue pensar que el hombre me estaba gastando una broma. Aunque me parecía raro, me reí como para seguirle la corriente. De hecho, parecía una broma porque hubieran hecho falta botines de seguridad, para estar más protegido frente a la amenaza de caída de uno de esos bloques helados. El segundo me miró y me preguntó concretamente si había tomado la temperatura interior de esos pollos. ¿Y cómo se tomaba la temperatura interior? Fácil. Un taladro, una mecha, un termómetro y un muestreo al azar. Resultado: ¡todos los testeados con temperaturas sobre cero en su centro! Abajo con todos los pollos. Cuando lo llamé al contador con la novedad, pensó que le estaba tomando el pelo. Eduardo directamente me quería matar. No había alternativa. Había que llevar los pollos a un túnel de frío para garantizar que estuvieran realmente congelados y así evitar que se pudrieran de adentro hacia afuera como seguramente hubiera sucedido en un tiempo prolongado. Era curioso porque ese detalle, no figuraba en el manual de campaña prolongada. Había un montón de otras cosas, pero ese detalle no.

Podría relatar un sinnúmero de anécdotas relacionadas con el apresurado alistamiento que todos los sectores debimos realizar, para cumplir lo mejor posible con una idea de “estar ciento por ciento operativos”. Pero, ¿qué era estar ciento por ciento operativos? La realidad era que el submarino navegaba. Con sus defectos y limitaciones, igual podía sumergirse, podía comunicarse, podía usar sus sistemas de detección y control tiro, y hasta podía lanzar torpedos y señuelos. En fin, dependiendo de cómo se viera la realidad, ¡cualquiera podría decir que estábamos muy bien! Pero una cosa es estar bien para hacer un ejercicio rutinario, y otra es estar bien como para tener algo un poco más comprometido que eso. No era específicamente mi caso, pero cuando se fijó la fecha del domingo siguiente, o sea el 11 de abril, como fecha de zarpada, me atrevo a opinar que alguno de mis superiores colegas jefes de departamento, hubieran querido tener un poco más de tiempo para mejorar sus cosas. Digo que no era mi caso, porque yo sólo competía contra un problema de espacio y estiba, y eso era nada comparado con otros

inconvenientes mucho más importantes. Recuérdese que lo mío era la oficina, la enfermería, la comida y para salvar el honor, el cargo navegación, con todos sus nobles instrumentos.

No creo que haga falta detallar la cronología de los acontecimientos que se dieron en esos días previos a la zarpada. Solo hay que recordar que no se hablaba abiertamente de una guerra. Los hechos marcaban que alguien, algunos, en fin, las autoridades estaban manejando la situación como para que ese excepcional hecho vivido por el país se resolviera de la mejor manera para los intereses nacionales. En ese marco, el submarino San Luis debía zarpar, debía hacerse a la mar y ocupar una posición de espera en algún lugar de nuestro litoral sur. Al fin de cuentas, donde podía estar mejor un submarino, y más un submarino de la clase 209, moderno, con experiencia probada en campaña de inmersión prolongada. Donde podía estar mejor que flotando tranquilamente, de incógnito, y escuchando desde ahí el desarrollo de los acontecimientos. Porque si bien era cierto que no había una guerra, no estaba de más tomar alguna previsión.

Ese domingo de abril era Pascua de Resurrección. Contrastando porfiadamente con la alegría de la festividad de la fe católica, el día era gris y triste. O por lo menos ese es el recuerdo que yo tengo de esa jornada que compartí con mi pequeña y naciente familia. En septiembre del año anterior había nacido nuestro primer hijo, Luigi, y con María Silvia recién habíamos instalado nuestro hogar en Mar del Plata. Teníamos un departamento a estrenar en el recientemente concluido nuevo edificio de viviendas para oficiales, y era una experiencia novedosa, luego de haber vivido el año anterior, una prolongada luna de miel en el hotel de Puerto Belgrano. Si mal no recuerdo, se había fijado para las seis o siete de la tarde la hora de presentación a bordo. Contrariamente a lo que se puede suponer, siendo el oficial más moderno, no fui afectado al servicio de guardia para ese fin de semana. Disfrute hasta último momento la compañía de María y Luigi. Ya estaba bastante oscuro cuando a bordo de nuestro autito tomábamos la bajada del golf en la recta final antes de entrar a la Base. De ese trayecto tengo un fuerte recuerdo. Ahí, por un instante, tomé conciencia de que quizás ese sería el último momento que compartiría con esos dos seres, tan cercanos a mis sentimientos. Me invadió una angustia repentina que no supe como expresarla. Un pensamiento cruzó mi mente como una ráfaga, debía dejar mi reloj en manos de María, como un recuerdo para ese chiquito, suponiendo que quizás ese fuese realmente el último contacto que tendríamos por siempre. Pero ella con gran entereza, rechazó mi propuesta y me propuso que lo conserve y que, en todo caso, sea yo el que lo traiga de regreso. Y así fue, después de tantos años aún conservo, como un símbolo, el viejo Omega Speedmaster que alguna vez me habían regalado mis padres.

Sin embargo, las veces que lo comenté con ella, en los años siguientes, repetidamente me dijo que no recordaba dicha situación. Entonces, concuerdo totalmente con algo que alguna vez le escuche a García Márquez. El decía que la historia no es en realidad lo que sucedió de un hecho, sino lo que uno recuerda del mismo. Y yo agregaría, lo que uno quiere recordar de esa experiencia. Confieso con total sinceridad, que no soy el mismo personaje que aparece en algunas de esas fotos en las que me asocian a los días de la campaña de Malvinas.

Dicho esto, sería conveniente que los lectores no pierdan de vista que cualquier expresión vertida, nunca podrá representar el sentir de aquellos que compartieron el mismo espacio

físico y la misma abarcadora vivencia histórica. Todas deberían ser validas y sobre todo valiosas.

Volviendo un poco al relato que nos ocupa, diría que luego de haber tenido esa fugaz visión de un escenario con un desafortunado final, todo lo que se me iba presentando, lo encontraba lejos de una rutina, y lo sentía como algo extraordinario. Comencé a sentirme como dentro de una película. La formación en el muelle, con la arenga del Comandante de Fuerza, con la presencia del Estado Mayor, ya insinuaba algo de una epopeya en potencial, propio de un guion cinematográfico.

Recuerdo que, providencialmente se había posado un manto neblinoso sobre la ciudad. Desde el muelle no era posible divisar las luces de los edificios cercanos al golf. El Comandante de Fuerza mencionó este detalle en sus palabras, asociándolo a un evidente buen comienzo de operaciones para la unidad. Zarpábamos, discretamente, sin poder ser detectados por las vistas de nuestros potenciales enemigos. Yo permanecí en el puente luego de cruzar las escolleras exteriores del puerto. Habíamos zarpado con órdenes secretas y sólo unos minutos antes de embarcar, el señor Comandante recibió un sobre sellado con instrucciones detalladas y la posición que deberíamos ocupar en el litoral a la espera del desarrollo de los acontecimientos. No fue necesario ni que bajara del puente para trabajar en la carta. Alguien se encargó por mí de poner ese punto en el mar. En la jerga se denomina santuario, al área conocida donde se despliega un submarino propio, que por alguna razón debe permanecer ahí a la espera de instrucciones. Ya ni recuerdo a que altura de nuestro litoral sur fuimos a parar. Aunque debía estar cerca de Puerto Madryn, ya que ese fue el destino que se mencionó repetidamente, mientras permanecemos en el área. La razón era más que importante ya que casi inmediatamente a nuestra zarpada, la computadora para lanzamiento y control de torpedos quedó fuera de servicio. A pesar del esfuerzo del personal a cargo, con su jefe a la cabeza, el Tte. Alessandrini, no fue posible solucionar el inconveniente. El submarino podía lanzar torpedos, pero sólo en una modalidad llamada de emergencia, la cual era apenas una sombra de lo que la computadora permitía hacer.

Podemos decir que a partir de este momento el submarino se adentró en una profunda incertidumbre que, de una manera u otra, envolvió a todos sus tripulantes. A mí por lo menos y seguramente a otros más, comenzó a hacerse evidente que la situación era grave y que tendía a agravarse aun más día a día. Las noticias que llegaban apenas se asomó la antena en nuestra primera carga de baterías eran inquietantes. Recuérdese que, al día siguiente de nuestra zarpada, o sea el 12 de abril, los británicos imponen un bloqueo alrededor de las islas, y eso claramente no era una buena noticia. ¿Se debería haber roto el silencio de radio para informar de esta avería? ¿Había que darles más tiempo a los encargados de repararla? ¿Cuánto tiempo? Todas estas preguntas y muchas otras deben haber pasado por la mente del Comandante. Se hizo bien, se hizo mal, quien podría juzgar lo hecho, y más en una dinámica nunca experimentada. Una realidad que desbordaba cualquier idea que uno tuviera sobre un dilema como ese. Porque lo que sucedía no era un cuadro fijo, era dinámico y sumaba complejidades momento a momento, ya que los acontecimientos fuera de nuestro encierro escalaban por su propia naturaleza, no estaban bajo nuestro control, pero nos afectaban directamente. En un momento, la duda sobre la computadora fue desbordada por la orden de desplegar el submarino a un área muy próxima a

Malvinas, con la consigna de atacar a todo el tráfico naval. Ya no había marcha atrás, para nosotros había una guerra declarada.

Que se siente cuando uno marcha a una guerra. Esa es una pregunta clásica que cada tanto, cuando en una conversación se desliza que uno participó en el conflicto, indefectiblemente de una u otra forma se formula. Y yo diría que, a lo largo de los años, por lo menos en mi caso, me he descubierto ensayando variadas respuestas. Tal vez hay personas que quieren, que desean participar de una guerra. Pero es muy seguro que la mayoría de los que participan de un conflicto, lo hacen como un deber. Por diferentes razones, de variada índole, consciente de esa posibilidad, movido por una vocación, o inconscientemente, por cuestiones de tradición familiar, por cuestiones de empleo, por falta de información o de alternativas, o por lo que sea, un militar de carrera debe, si es necesario, marchar a la guerra. No hay posibilidad, desde una actitud ética, de eludir ese deber. Por esa razón elemental, no recuerdo haber vivido un conflicto ético, cuando la realidad concreta me presentó como algo fáctico un combate efectivo con una potencia antisubmarina. Algo similar me había ocurrido durante el conflicto Austral de 1978. En esa oportunidad era tripulante del Buque Tanque “Punta Médanos”. Recuerdo que el 19 de diciembre, imposible olvidarme porque era el día de mi cumpleaños, hacia la media mañana de un día luminoso y calmo, algo inusual para la extrema latitud en la que navegábamos en solitario, un avión chileno de patrulla marítima nos había sobrevolado dando cuenta con seguridad de nuestra posición a algún submarino. Todos recuerdan lo cercano que se estuvo del inicio de las hostilidades, donde seguramente el Médanos habría encabezado la lista de blancos a batir. Ciertamente era más joven, sin responsabilidad de familia, sin nostalgia por lo que se puede perder, y sin fuertes apegos, ni siquiera a la vida, que, a esa altura, no puede terminar nunca.

Mucho se dijo sobre el nivel de recambio que había tenido la tripulación del submarino en su conjunto. Que era una tripulación con poca experiencia. Ciertamente, la gran mayoría apenas tenían tres meses de arribados. Y algunos, entre los cuales me incluyo, tenían en aquel destino, su primera experiencia en el arma. En el fondo eso no era una novedad para las tripulaciones de esa clase de submarinos. Un alto recambio aseguraba mayor cantidad de tripulantes capacitados en nuevas tecnologías, teniendo en cuenta que se estaba en plena etapa de incorporación de unidades aun más modernas, que se construían en esos momentos en Alemania. Pero una mayor experiencia, en esta situación, creo que no garantizaba una mejor respuesta porque nadie antes había vivido una experiencia como la que se presentaba. Y en ese sentido afirmo que esa tripulación del '82, a pesar de su inexperiencia, a pesar del marco desfavorable por el estado general de la unidad, y, sobre todo, a pesar del increíble desafío que significaba enfrentar a una flota como la inglesa, apretó los dientes y marchó con decisión y compromiso a cumplir con la orden recibida.

Treinta y cinco años han pasado desde ese momento. Hoy por hoy, tengo la impresión de que me he alejado lo suficiente de los hechos, como para tener una perspectiva que me permita recordar con tranquilidad esos días turbulentos. No sé cuál será la real impresión de mis antiguos camaradas, comprensiblemente cuando se regresa de cualquier experiencia fuerte, es mejor no ahondar en detalles, especialmente si no aportan algo para celebrar ese regreso. En lo que a mí respecta, mi sentimiento desde ese momento hasta ahora no ha variado prácticamente en nada. Me había prometido que, si lograba sobrevivir a esa experiencia, haría todo lo posible

para que una situación similar no se repitiera y más aún, con las correspondientes mayores responsabilidades que los ascensos acarrearían. En definitiva, debía asumir que el único camino posible era abandonar la Armada.

Es increíble cómo funciona el destino. Cuando yo les comuniqué a mis padres que había decidido seguir la carrera naval, mi papá que normalmente era de pocas palabras, no gastó ni una sola para felicitar-me. Yo sabía que su propia experiencia como combatiente en la segunda guerra mundial había sido muy traumática. Él era un auténtico sobreviviente, de alguna forma insensibilizado por esas vivencias, y de natural, sin ninguna sutileza para presentar los hechos. No sería este el lugar adecuado para relatar su historia, sólo mencionar que estuvo varias veces al borde de la muerte, en los más variados escenarios, inclusive como náufrago en el Adriático, producto del hundimiento de su transporte, a causa de un submarino inglés. Quizás, si se hubiera involucrado un poco más compartiendo su experiencia, tal vez, yo hubiera analizado con más atención el compromiso que asumía. Tampoco es este el lugar para explicar las razones que me empujaron a seguir ese camino, sólo decir que mi opción por la Armada era casi natural, más teniendo en cuenta que egresaba del Liceo Naval. Mis padres obviamente no eran profesionales, y a diferencia de lo que se podía pensar, no tenían el sueño de “mi hijo el doctor”.

Volviendo a sumergirnos en la vivencia del San Luis, yo creo recordar que la orden que nos desplegó definitivamente en el área de patrulla frente a Malvinas, fue recibida luego de los acontecimientos ocurridos en las islas Georgias, de los cuales también recibíamos información a través las estaciones de radio que se podían sintonizar en cada período de snorkel. Recordemos que las informaciones, a pesar de tener múltiples posibilidades de evolución por la cantidad de actores que intervenían en la esfera internacional, nunca dejaron de transmitir, en el fondo, la manifiesta voluntad de los ingleses de recuperar las islas. La rutina durante esos períodos de carga de baterías era prender la radio en el sector del comedor de personal, en proa, ponerlo un poco alto, y amontonarnos sin más, para escuchar a radio Colonia. Y en ese sentido, cada día se percibía claramente que era inevitable, en algún momento, el enfrentamiento con los ingleses. En esos días, ya el menú que se había previsto seguir diariamente, había quedado en el recuerdo. La ansiedad nos había vuelto prácticos y muchas de las elaboraciones de nuestro “chef”, hubieron de ser eliminadas por falta de entusiasmo. Un punto interesante que, en su momento, me encargué de informar.

El enfrentamiento finalmente se dio el sábado 1° de mayo. El submarino estaba a punto de entrar al área asignada al norte de la isla Soledad. Eran casi las ocho de la mañana y yo estaba dejando la guardia en el cuarto de control. Las guardias de oficiales se hacían en parejas fijas, uno en control y otro en comando. El teniente Maegli, que era mi compañero, había recibido en la hora final del turno de nuestra guardia, información sonar sobre un contacto firme en aproximación. Unos minutos después de las ocho, yo estaba transitando el corto espacio que separa el puesto de guardia, de la Cámara de Oficiales. Como era habitual, había sido relevado por el teniente Dachary, quien, a su vez, ya me había alertado sobre un contacto ploteándose en comando, con lo cual me detuve un momento en torno a la mesa de navegación y ploteo, donde Maegli le explicaba a su relevo, el teniente Alessandrini cuál era la situación con el contacto que se había detectado un tiempo atrás. Era un buque, liviano, con desplazamiento rápido, con rumbo general norte sur y en aproximación. Seguí mi camino con la intención de desayunar

algo antes de que la situación se complicara más. Desayuné sólo ya que Maegli no me acompañó como normalmente ocurría en ese horario. No recuerdo exactamente qué pasaba por mi cabeza en ese momento, pero sí recuerdo que luego de tomar algo, rápidamente me fui a recostar, así vestido como estaba. Lo recuerdo porque me quedé dormido, no sé por cuanto tiempo, pero me despertó la orden de cubrir puestos de combate. Salté de mi estrecho espacio y caí literalmente sobre el Segundo Comandante, el capitán Macias, que también se incorporaba en ese momento. Le pedí disculpas todavía dormido, pero no hubiera hecho ni falta, porque ambos salimos disparados hacia la zona de comando donde ya se encontraba casi todo el mundo.

Las cosas habían cambiado en muy corto tiempo. Cuando me detuve en la mesa de navegación, apenas pasadas las ocho de ese día, la guardia planteaba un contacto sospechoso. En menos de una hora el panorama era muy distinto. Lo que se presentaba ahora eran múltiples contactos, con emisión de sonares de búsqueda submarina. Finalmente estábamos frente a la flota británica. Lo que comenzó como una posibilidad remota, ya era una certeza. En un abrir y cerrar de ojos, me encontré conectado con el circuito de seguimiento que coordinaba el Segundo, y que, junto con otras estaciones, cumplía la función de filtrar y pulir datos que nos llevaran a determinar una distancia lo más ajustada posible de potenciales blancos. Yo era operador regletas sobre la mesa de navegación, en solitario, Maegli supervisaba un par de técnicas más, en grupo, en la mesa de la cámara de oficiales, Alessandrini ocupaba su puesto sobre la computadora de control, el Segundo, como ordenador de la línea, recibía información de todos, más la del sonar pasivo y otros sensores. El Comandante se mantenía alerta, observando, evaluando, moviéndose de un lugar a otro. La imagen del conjunto parecía la escena de una película. Yo trabajaba sobre la carta, pero no podía dejar de pensar en lo irreal que me parecía todo. En un momento giro un poco, y veo a un cabo segundo maquinista, muy joven, egresado un par de meses antes, que, sin un puesto asignado en el rol de combate, se había acercado lo más que pudo a comando para observar, para tratar de entender cuál era la situación. Lo miré a los ojos y creo que su cara me devolvió, como en espejo, la imagen de mi propia imagen, la del estupor.

Es increíble ver las diferentes reacciones humanas. Un submarino es de por sí un hábitat estrecho, pero este en particular, descontando las divisiones de control y máquinas, es un sólo espacio desde los tubos de lanzamiento hasta el primero de estos simples tabiques. Todos, quieran o no, viven la misma realidad sin posibilidad de evasión. No hay manera de desentenderse, y no solamente por lo que sucede dentro del submarino, sino además y, sobre todo, por lo que sucede fuera de él. Y digo, sobre todo, porque es probable que no se pueda escuchar una conversación entre esas dos posiciones, pero es imposible no escuchar lo que el mar transmite tan eficientemente en las profundidades. Explosiones, sonares, batido de aspas de helicópteros, corridas de torpedos, todo se escucha perfectamente, ahí nomás, apenas detrás de esos dos centímetros de acero que dividen los dos mundos posibles. Y digo que es increíble ver esas reacciones, porque mientras unos, movidos por la ansiedad y la sumatoria creciente de circunstancias, se mantenían cercanos y expectantes, otros, como mi cocinero entre otros supongo, se acostaban en sus literas, cerraban la cortina y dormían como si nada sucediera.

Había un hecho inquietante que nos desconcertaba, y era a la vez perturbador. En determinado momento, luego de identificar un blanco a seguir por todos los equipos, el sonarista informa que se podían escuchar explosiones lejanas y de alguna manera regulares, cuya fuente

era difícil de definir. También podía escuchar el batido de hélices de helicópteros cercanos a la superficie. En algún momento las explosiones comienzan a escucharse simplemente a través del casco, al punto de generar una evidente zozobra en todos nosotros. Uno de esos estallidos sonó violentamente sobre nuestras cabezas. Era evidente que, si querían ponernos nerviosos, esa técnica de lanzar cargas explosivas pequeñas al azar era efectiva.

El frenesí de los acontecimientos nos llevó sin respiro al primer lanzamiento. Era el primer lanzamiento de un torpedo de combate sobre un blanco real. Previo a ello, el Comandante había ordenado un plano de periscopio para intentar descifrar lo que sucedía en la superficie, ante ese mar de ruido que eran los blancos, las explosiones, los helicópteros y nuestros propios pensamientos. Ese había sido un momento como para dejar de respirar, sabiendo a lo que nos exponíamos. La observación fue un fracaso. Nada se pudo sacar en limpio. En un momento el ajuste de distancia sobre un blanco se hizo coincidente, y el Comandante decide lanzar ese primer torpedo. Para mí, que no había experimentado nunca la vivencia de un lanzamiento de ejercicio desde un submarino, ese lanzamiento tenía la novedad de lo desconocido. Así que por un momento dejé de poner atención a mi trabajo, y me centré en lo que estaba a punto de suceder. Desde un tono profundo que fue aumentando en intensidad, las hélices del torpedo comenzaron a batir el agua confinada en el pequeño espacio del tubo lanzador. Una vibración trepidante se fue amplificando, y alcanzó rápidamente a extenderse por toda la estructura del submarino. Fueron unos segundos, hasta que el torpedo dejó de sostenerse en las guías y abandonó su encierro corriendo en libertad.

Parecía ya suficiente con aquellas emociones. Pero no, aquello fue sólo el aperitivo, porque las emociones comenzaban recién en ese momento. Una vez que el torpedo propio fue lanzado, la situación del submarino cambió radicalmente. El torpedo era un elemento ofensivo, pero al mismo tiempo era la confirmación evidente de nuestra presencia. Luego de dos minutos de corrida el cable de guiado da señal de corte, y nos ahorra la especulación de darle el mejor tratamiento posible a la integridad física del mismo, evitando maniobras bruscas que lo pudieran comprometer. Más aun teniendo en cuenta que la computadora en emergencia, no permitía otro lanzamiento hasta tanto no se completara la corrida del primero. Casi inmediatamente el sonarista informa que había helicópteros en aproximación. Había que comenzar a maniobrar sin pérdida de tiempo porque con seguridad los helicópteros estarían triangulándonos, ansiosos por lanzar ellos sus armas. Recuerdo que en un momento lo escucho al Comandante detrás mío preguntando quien había dado la orden de ponerse los equipos de escape. Y había sucedido que espontáneamente, los tripulantes sin puesto de combate, dado el cariz que tomaba el asunto, pensaron que no era mala idea tener los equipos puestos, por si las cosas se complicaban. El Comandante había detectado a un par de ellos que se habían acercado ansiosos a los límites de comando, a ver y escuchar por ellos mismos. De todas maneras, lo del Comandante fue sólo un comentario, no hubo ninguna contraorden al respecto.

Y comenzamos a escapar. En determinado momento el sonarista informa haber escuchado el splash de un torpedo entrando al mar. Siento como la adrenalina comienza a acelerar mis pulsaciones. El sonarista que sigue hablando por el circuito de ploteo nos informa que el torpedo esta en aproximación. Se me hieló la sangre y ya no puedo escuchar más nada. Me detengo a observar un pequeño espacio del casco que hay frente a mí, entre la maraña de cables,

sabiendo que detrás de esa pulgada de acero esta el mar impiadoso. Minutos antes, luego de la primera alerta de torpedo el Comandante había ordenado unas rápidas maniobras de evasión que incluían un cambio brusco de plano con giro cerrado sobre estribor, banda donde se encontraba el eyector de señuelos. En ese momento crucial, el submarino estaba alejándose con muy bajas revoluciones de la formidable columna de burbujas que había construido con sus maniobras. Había que cruzar los dedos y estar listo para lo que fuera. Mientras los segundos corrían, yo pensaba en las posibilidades. Miraba el casco y suponía que un impacto frente a mi será lo mejor. La segunda me aterrorizaba porque, quizás, sería asfixia por inmersión. ¿Cuánto duraría la agonía? Hoy, cuando han pasado treinta y cinco años de aquellos hechos, cada vez que me detengo a recordar este momento, siento que me fundo en un océano de dolor, un dolor que ha licuado la vida de millones de seres humanos, seres que han vivido una vida y han experimentado esa angustia del último minuto, ese último minuto de los sentidos, antes del fin.

El torpedo que nos buscaba paso de banda sobre nuestra popa. Un suboficial de máquinas se llegó hasta el cuarto de comando, y exaltado informaba si habíamos escuchado al torpedo. ¡Se escuchó clarito!, decía emocionado. Alguien lo calmó y le dijo que sí, que lo habíamos escuchado, que retornara a su puesto que todo estaba bajo control. Ese torpedo debía haber pasado muy cerca de nuestro casco, y en el silencio del cuarto de control, lejos del frenesí que se vivía en comando, el rumor creciente de ese artefacto los habrá sorprendido hasta el punto de suponer que el impacto era seguro e inminente.

Desde ese momento el Comandante, Cap. Azcueta, se abocó a desplegar todas las maniobras necesarias para concretar una evasión que nos permitiera salir del foco de atención que se había encendido sobre nosotros, y que nos hostigó persistentemente, con esas extrañas explosiones, helicópteros en cercanía y algún que otro lanzamiento de torpedos, aunque nunca tan cercano como ese primero ya mencionado. La idea era intentar volver a tener alguna posibilidad de armar un seguimiento sobre algún otro blanco, con la intención de efectuar un nuevo ataque. Pero la realidad marcó que todo el tiempo el submarino se mantuvo en constante maniobra evasiva, cambiando de rumbo y de plano en una repetición sin descanso. En esa circunstancia era imposible trabajar sobre algún contacto, y en mi caso, mi tarea principal dejaba de ser el ploteo de blancos, para transformarse en el que mantenía lo más segura posible la posición real del buque en el marco geográfico dado. Luego de horas de estar sumando cambios y más cambios de rumbo y profundidad, mi estima de esa posición era realmente muy poco segura. En un punto, estábamos literalmente moviéndonos a ciegas ya que el círculo probable que nos podía contener, graficado en la carta, era muy grande y sobre todo dada la proximidad a la costa que nuestra posición original tenía. La gran incógnita era saber cuánta agua había realmente bajo nuestro casco como para seguir maniobrando. La única solución posible era realizar una emisión simple de la sonda de eco. Pero esa solución acarreaba un grave problema, como es sabido, dado que la emisión de ese instrumento tan valioso delataría inmediatamente nuestra posición al enemigo. No había alternativa, había que emitir y confiar que, en el caos general, la señal pasara desapercibida. Ilusión vana por otra parte, conociendo los sofisticados medios de identificación acústica que el adversario disponía. Se preparó la sonda, muy cercana a mi mesa de trabajo, y con la vista puesta en el papel sensible que se iba desplegando, solemnemente el Comandante pulsa el botón de emisión simple. Todos los ojos intentan percibir esa fugaz marca

que nos pondría en algún plano real de la existencia, porque, aunque era cierto que existíamos, no sabíamos donde estábamos realmente. ¡Y nada! ¡No había marca en el papel! Intentemos una vez más dice el Comandante, y hacia allí iba su mano, cuando en ese preciso momento se disipa totalmente una parte de nuestras dudas, sólo la referida al margen de agua que teníamos debajo de nosotros, que era exactamente de cero metros. Si, en ese preciso momento en que el submarino aun se desplazaba a una velocidad de seis nudos, con máquina detenida, encuentra el fondo marino y comienza a trazar, supongo, un gigantesco surco a lo largo de su recorrido. Por esa razón no había marca en el papel. Estábamos próximos a impactar con el lecho.

La reacción de jefe de máquinas fue inmediata. Mientras el buque comenzaba a arrastrarse, el Tte. Somonte ordenó inundar los tanques que compensan la pérdida de peso que se obtiene cuando se lanza un torpedo. Esos tanques están a la proa del buque, y en este caso, aseguraron que la nariz del buque no rebotara y, por ende, pusiera en peligro la integridad de la hélice. Brillante y rápida maniobra, cuya efectividad se vería el día que saliéramos de esa circunstancia. Como explicar la sensación de ir “arando” el fondo con un instrumento de casi mil doscientas toneladas. Es un poco intimidante teniendo en cuenta que uno va dentro del mismo y además está sumergido. Por otro lado, podría ser comparado a la sensación que se tiene estando en un avión en medio de una gran turbulencia, con bastante más ruido y una desagradable sensación de que algo se está rompiendo en alguna parte.

Segundos interminables hasta que el buque se detuvo completamente. La orden inmediata del Comandante para verificar los posibles daños ocurridos, y la respuesta también inmediata de que no se observaba nada fuera de su lugar habitual o con pérdidas extrañas. Más adelante, en una futura reparación, se observaría cierta deformación en algunas chapas del casco no resistente, en la zona de los tubos de lanzamiento de torpedos, que se le atribuirían a esta circunstancia.

Una maniobra para asentar un submarino en el lecho marino es lenta y cuidadosa. No lo digo yo. El Contraalmirante Pertusio, publicó en 1992 un libro de su autoría llamado “Submarinos, su historia, relatos y curiosidades”. En el capítulo 8 hay un apartado titulado “Malvinas, posados en el fondo del mar”. Dice el Alte. Pertusio, “... lo inquietante era posarse en el fondo del mar. Si bien era una maniobra rutinaria, requiere mucho cuidado en su ejecución, evitando que el buque golpee contra el lecho lo que podría ocasionarle daños. Una avería por una desafortunada maniobra sería un buen dolor de cabeza”. Más adelante dice: “... llamé a mi jefe de inmersión y le di las últimas instrucciones. Quiero que nos posemos suavemente, no estoy seguro de que tipo de fondo encontraremos”. Sigue el relato: “... unos quinientos metros antes del punto en el que deseaba posarme empezamos la maniobra...”, “... el submarino comenzó a planear en búsqueda del fondo, nunca supo porque, pero con una velocidad de descenso mayor que la recomendable...”. “Fue así como la proa al llegar al lecho, se poso golpeando, quizá no haya sido un golpe fuerte, pero a mí me pareció horrible...” “Parecía que el fondo era de arena, al menos no se oía fricción externa que indicara piedras...”.

El Almirante Pertusio realizó esta maniobra en el año 1975 con el mismo submarino, el San Luis, del cual era su Comandante. Estoy convencido que, si Él mismo hubiera estado siete

años después, en la escena que se desarrolló cuando el buque encontró el fondo, hubiese repensado el relato.

¿Pero qué sucedió con los ingleses que nos perseguían? Sucedió que quedaron desconcertados, ya que el encuentro providencial con el fondo marino hizo que el blanco que perseguían literalmente desapareciera de sus pantallas, se mimetizara con ese fondo y fuera ya imposible de identificar. Así que luego de permanecer un tiempo en la zona, comenzaron a alejarse, ampliando su radio de búsqueda y tomando cada vez más distancia de nuestra posición. No recuerdo cuanto tiempo habremos permanecido apoyados en el fondo, ya para ese tiempo habíamos pasado más de diez horas de lucha, así que el Comandante vio la oportunidad de que todos se tomaran un descanso, se comiera algo, se recuperara un poco el ánimo y ya en horas de la madrugada del nuevo día, constatada la ausencia de buques en la zona, se comenzara la maniobra de despegar del fondo para verificar si podíamos operar normalmente. Durante el intervalo de tiempo que duro ese impase, literalmente impensado y no calculado, yo particularmente me dediqué a ordenar un poco mis ideas. Los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que era imposible no estar conmovido con lo que había sucedido. Pero ahí estábamos y había que seguir adelante porque, en definitiva, nada había cambiado. La orden original se mantenía vigente y nuestra superioridad no tenía noticia de nosotros ni las tendría porque el Comandante no manejaba la intención de romper el silencio de radio. Por mucho que uno se lamentara, había una diferencia enorme entre informar la situación o quedar callado, intentando batir un blanco, aun con las limitaciones que se habían manifestado en esas primeras acciones. Era indudable que los buques de superficie habían detectado un submarino en la zona, muy probablemente supieran que era el San Luis y no otro el que operaba ahí, pero ese primero de mayo, al fin de la jornada, se habían alejado con la duda de cual habría sido nuestro destino final. El Comandante podía evaluar esto y por ende podía ver que el San Luis todavía era una potencial amenaza.

Nadie más que nosotros mismos conocía de nuestras limitaciones. Recuerdo que cargar con esa mochila fue pesado, por lo menos para mí. Creo haber cumplido con mi deber, pero a la vez, con ciertas personas y en oportunidades muy específicas, nunca oculté mi real deseo de estar, si hubiera podido, a mil kilómetros de donde estaba. No recuerdo haber hecho una promesa de algún tipo, aunque no lo juraría. De hecho el único y espontáneo acto que recuerdo haber hecho, fue varios meses después, una tarde en el parque Camet, que me encontraba tumbado en el césped, con ese primer hijo muy pequeño que agarrándose de mi intentaba ponerse de pie, yo mirando al cielo, con unas hermosas nubes que viajaban sobre un fondo celeste inmenso, con el aroma de los eucaliptos, con la alegría de esa criatura que intentaba esforzadamente dar sus primeros pasos, en suma, con la vida que me rodeaba, naturalmente dije gracias, desde el fondo de mi corazón y de mi latente recuerdo de esos días.

Cuando la calma comenzó a manifestarse en el ambiente luego de un tiempo de estar asentados en el fondo, la mayoría de los tripulantes buscó el refugio de sus literas intentando descansar. A contramano de ello, algunos de los que habían estado “descansando”, se pusieron a trabajar. Tal es el caso del cocinero que ocupó su puesto y se puso a preparar algo que comer, para el que lo deseara. Yo preferí acostarme directamente y en camino a mi litera encuentro en la cámara de oficiales, sobre la mesa que había oficiado de ámbito para el ploteo de blancos,

una botella casi vacía de whisky. Luego me vengo a enterar que el camarero, también a mi cargo, y que era integrante por rol de ese equipo de ploteo, la había aportado para darle un poco de ánimo al grupo que ahí se concentraba y que no podía hacer otra cosa más que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Nunca supe si había sido un acto de propia motivación, o si había recibido la sugerencia de alguna otra persona. Nunca lo averigüé.

Permanecimos diez días más en el área asignada. El inicio de ese período se dio en coincidencia con la noticia del hundimiento del Crucero Gral. Belgrano, una noticia que no hizo más que magnificar esa sensación de zozobra que yo percibía. Sin duda, con el paso del tiempo y dada la ausencia de emisiones propias, mas teniendo en cuenta que la mayor actividad de la flota enemiga se concentraba en el norte de las islas, poco a poco la comandancia superior habrá comenzado a hacerse con la idea de que habíamos sido hundidos. No creo necesario explayarme más sobre las emociones que me animaron en esos días, además, yo solo puedo referirme a lo que a mí respecta, por lo que sería un atrevimiento sugerir que mis percepciones hayan sido compartidas por otros. Por lo demás, la cronología conocida sobre esos días de permanencia en el área, son bien conocidas por todos, ya que fueron expuestas en diferentes relatos ya publicados. Lo concreto fue que, al no mejorar la condición de efectividad en el sistema de control de lanzamiento, luego de sendos ataques fallidos, la permanencia en el área se hizo insostenible desde el puro sentido común. Los acontecimientos mencionados hacen referencia primero a la explosión detectada luego de un lanzamiento de un torpedo antisubmarino, sobre un posible blanco submarino en aproximación. En apariencia el blanco mencionado era un gran cardumen, con lo cual no había explicación lógica por la explosión del artefacto. Y luego, una nueva señal de cable cortado, en un lanzamiento muy cercano sobre un buque casi detenido que resulto ser una de las dos fragatas que había atacado y hundido al transporte Isla de los Estados, en el interior del estrecho San Carlos. Podría decir, desde mi punto de vista, que ese último hecho ocurrido le dejó muy poco margen de maniobra al Comandante para sostener la idea de no informar nuestra situación a la Fuerza de Submarinos.

Supongo que habrá sido una gran sorpresa recibir una transmisión de nuestro submarino en la madrugada del 10 de mayo. Sin demora, en el tren de mensajes que se recibió en el siguiente período de snorkel, se recibió la orden de replegar la unidad siguiendo una ruta que a su vez vino determinada en el mismo mensaje. No había forma de ocultar la alegría que eso representó para la tripulación, era una nueva oportunidad. Y así la primera impresión que se tuvo dado que en los siguientes informes de inteligencia se mencionaba que unas horas después de abandonar el área que se había ocupado hasta ese momento, los ingleses desplegaron una fuerza antisubmarina que se abocó a intentar dar con el persistente San Luis, ante la confirmación de un lanzamiento efectivo sobre una fragata en las primeras horas del día diez, en las proximidades de la entrada al estrecho de San Carlos. Si duda habíamos salido del área con muy estrecho margen.

Increíblemente, muchos años después me anoticié que el movimiento del San Luis no había sido un secreto para la inteligencia enemiga. Cuando se liberaron los archivos secretos de los ingleses, en el diario de guerra del submarino de ataque Valiant, se pudo apreciar que el mismo había sido destacado en forma inmediata desde un punto del Atlántico, con la orden de interceptar la derrota del San Luis en el mar adyacente del sur de la provincia de Buenos Aires,

en su paso hacia Puerto Belgrano, nuestro destino final. En el relato que el Comandante de ese submarino hace de la situación, refiere que habiendo llegado un día antes que el San Luis, permaneció en escucha a la espera de una firma sonora que lo identificara. En algún momento confirma que la señal que un blanco le devolvía se correspondía con la de un submarino. Se preparó para lanzar un torpedo mientras se ajustaban los datos de distancia. Sorprendentemente, de la nada, se manifestó un ruido de naturaleza definida como biológico, que ocultó el seguimiento del blanco, o sea del San Luis. Posteriormente, el relator menciona que cuando el ruido cesó, el blanco ya había transitado lo suficiente como para hacer dudar sobre la efectividad de un lanzamiento en persecución y desistió del mismo.

Cuando arribamos a la dársena en Puerto Belgrano, era noche cerrada. Nos costó un poco acomodar la vista a la oscuridad total que reinaba, y recuerdo que discutíamos en cubierta sobre cuál podría ser el submarino que estaba amarrado a popa nuestra, ya que parecía ser uno igual al nuestro. ¿Sería un submarino peruano? ¡¡No!! Era el Salta. Gran sorpresa. Por mi parte sentí un gran alivio. Me hubiera sentido muy responsable si el Salta hubiera tenido un triste final. La razón era que Eduardo Archerrizo, estando en la Escuela de Submarinos, había decidido abandonar antes de finalizar el curso. Con Raúl Viñas lo convencimos de que era una picardía abandonar estando tan cerca del fin. Hubiera sido una pesada carga sin duda.

Muchos camaradas se acercaron a saludarme esa misma noche de nuestro arribo. No quisiera mencionar algún apellido porque sé que me olvidaría de otros. Pero lo que sí recuerdo fue el afecto que todos me transmitieron por vernos de vuelta de regreso. Ciertamente, a excepción de nuestras familias, los camaradas sabían que nuestra existencia en eso días de patrulla, era una incógnita. Con los años se me ocurrió asociar esa realidad nuestra, con la singular paradoja de Schrodinger, de física cuántica. La paradoja que menciono, resumidamente, busca el objetivo de explicar cómo podría ser posible que la superposición de dos estados, estén siendo simultáneamente, potencialmente reales.

El segundo vivo recuerdo de aquel arribo y esos primeros encuentros, fue que todos los camaradas, luego de las muestras de afecto y alegría por el inesperado regreso, abandonaran muy rápidamente el submarino. Mucho después pude anoticiarme de cuál era la verdadera razón de tan precipitada partida. Algunos me confesaron que les impactó la hediondez que se respiraba en el interior de la nave. Algo que a nosotros nos pasaba, obviamente, totalmente inadvertido. Y en realidad podría decir que, de alguna manera no debería haberme llamado la atención tal confesión, teniendo en cuenta que yo mismo me sorprendí un día, mediando la patrulla, al descubrir que una clara línea a la altura de las muñecas, en ambas manos, separaba la zona que se lavaba, de aquella que había dejado de recibir el agua y jabón.

La estadía de Puerto Belgrano se extendió mas allá de la fecha que marcó el fin del conflicto. La computadora de control de lanzamiento no pudo ser reparada convenientemente en todo ese tiempo. Dado que ese objetivo era determinante, se aprovechó el paréntesis para incluir unos cuantos trabajos de reparación y mantenimiento en una amplia gama de mecanismos y equipos. Por lo tanto, en algún momento, se decidió que la tripulación completa tuviera una breve estadía en Mar del Plata, previendo la oportunidad de volver a zarpar en forma inmediata, una vez logrado un razonable grado de alistamiento. Y así fue como una noche, en un

simple colectivo verde de recorrido, cruzamos los 450 Km que nos separaban de nuestros hogares, con apenas lo puesto, sin documentos personales, algunos sin siquiera las llaves de sus casas, para darles la sorpresa de nuestra presencia a las familias, que desconocían aún donde estábamos realmente. Recuerdo que llegamos al edificio de la calle Hipólito Irigoyen antes de que amaneciera. En mi caso, yo no tenía documentos, pero sí las llaves de nuestro departamento. Así que me encamine decididamente al encuentro de los míos, con la idea de que realmente le daría una sorpresa a María Silvia. Y así fue realmente, ya que los desperté a ambos, a ella y a Luigi de sus sueños. Fue algo increíble, que en algún momento llegué a pensar que no volvería a suceder. ¡Imaginen la emoción del reencuentro! Lo inusitado de la situación, fue que, en un momento, cuando María Silvia va hasta la cocina a prepararle la mamadera al bebé, Luigi tenía ocho meses para entonces, brevemente nos quedamos solos ambos dos. Yo naturalmente intento volver a retomar el diálogo tan prolongadamente interrumpido, aunque, lógicamente, con una criatura que no tenía ningún recuerdo cercano de ese personaje que yo representaba, y con el cual inexplicablemente su madre lo había abandonado para ir a hacer no se sabe qué cosa. Así que Luigi se pone a hacer pucheros, en principio, y luego decididamente a llorar, hasta que por fin lo puede rescatar esa mamá desalmada que no se dio cuenta que ese señor era un perfecto extraño para él.

Para finalizar, mi recuerdo y aprecio para quienes fueron mis suboficiales, a saber: Suboficial Furriel Alberto Poskin, Suboficial camarero José Shea, Suboficial cocinero Raúl Loza, Suboficial de cargo navegación Delfino Vargas y Suboficial enfermero Rafael Guaraz.

